

Presentación

Jesús A. Martínez Martín
Universidad Complutense de Madrid

En el número 52 de *Ayer* se recogía en el ensayo bibliográfico «Historia de la cultura e historia de la lectura en la historiografía española» un balance del debate teórico-metodológico y de la producción historiográfica sobre la historia de la lectura. Allí señalaba que la historia de la lectura y, en un contexto más amplio, la historia del libro, la edición y la cultura escrita, constituye uno de los puntos centrales de la historia de la cultura, en el que han desembocado con carácter multidisciplinar variadas perspectivas de análisis, y en el que ha cuajado un nutrido y cada vez mayor inventario de estudios. Pero, más allá, estos ámbitos relacionados entre sí desvelan distintas formas de dar sentido a la realidad y al mundo por parte de las sociedades, al ser un ingrediente de su misma configuración. La historia de la lectura se ha ido construyendo en los últimos años como uno de los centros nerviosos de una historia de la cultura que ha adquirido señas de identidad propias. La multiplicación de estos estudios, desde muy diversas perspectivas, sobre la historia del libro, la edición y la lectura no está necesariamente relacionada con un *tema de moda*, sino con un campo de conocimiento en el que confluyen debates de mayor alcance de la historiografía y las ciencias sociales y la preocupación por interrogar al pasado, remoto o reciente, sobre el presente y el futuro de la cultura impresa en el contexto de las nuevas tecnologías. Una producción historiográfica multiplicada sobre la historia del libro, las bibliotecas, géneros editoriales, cultura escrita, lectura... que precisa de continuos balances actualizados, y que ali-

menta editoriales o colecciones especializadas y que ha impulsado revistas, seminarios e instituciones dedicadas al estudio de este ámbito de conocimiento. La inquietud por estos temas se ha reforzado por los interrogantes y el debate que se ha extendido sobre la revolución digital y el futuro del libro.

La irrupción, con todo tipo de vértigos, de la sociedad de la información ha ido descolocando muchas certezas entendidas como valores inmutables de una cultura que tiene en el libro el almacén organizado de la memoria. Pero el libro es más que una asociación material, tangible, reconocible y específica, con distintos formatos que encierran textos. Es una práctica cultural y social cuya construcción de sentido está en estrecha vinculación con los lectores y las condiciones sociales que lo hacen posible en su tiempo histórico.

En el contexto teórico y metodológico que, con carácter multidisciplinar, ha centrado los debates sobre historia de la cultura e historia de la lectura se ha desplegado la preocupación por el acto de la lectura. El texto existiría cuando es leído y según el modo en que se lee, relacionándose con el sentido que le adjudica el lector en el contexto de las condiciones sociales que le rodean. Así, en los últimos años se ha multiplicado el interés por el estudio de los modos y maneras de leer, el aprendizaje de la lectura, objetos e instrumentos utilizados, los tiempos y lugares donde se desarrolla la lectura, motivaciones, representaciones e imágenes mentales de la lectura, con varios planteamientos que han relacionado la producción impresa con las formas de lectura.

Son razones sobradamente justificadas para que *Ayer* dedique en este número un dossier de ocho estudios sobre historia de la lectura, que representan distintas perspectivas, todas ellas novedosas, para abordar el fenómeno de la lectura en la historia contemporánea.

En un primer ensayo, con un carácter más global, realizo un repaso de las condiciones históricas de la lectura en la España contemporánea hasta 1939, que permiten la configuración de nuevos libros, nuevos lectores y nuevas prácticas de lectura y las transformaciones que se producen en el ámbito de los discursos sobre la lectura. Un tiempo largo de cambios entre una lectura oral y colectiva y una lectura individual y silenciosa. Así, la historia de la lectura permite penetrar en el tejido social y cultural de la España contemporánea, porque vincula los autores y la producción intelectual con los libros y los lectores, y porque se expresa en una sociedad que se caracteriza por esas prácticas culturales.

Un segundo estudio, realizado por Fermín de los Reyes (profesor de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad Complutense), tiene como protagonista el libro moderno, desde las perspectivas de la biblioteconomía y la bibliografía material abordando los debates sobre su periodización y el análisis del libro como objeto bibliográfico. Y del libro como objeto de análisis en sí mismo a sus características morfológicas como productoras de sentido en la lectura. Éste es el objetivo del ensayo de Raquel Sánchez García (profesora de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense), con los debates sobre una historia de los modos y formas de creación de sentidos y apropiación de textos, apoyándose en los significados introducidos por editores, impresores, librereros o lectores, mediante la tipografía, el formato, las ilustraciones, distribución del texto, publicidad, las anotaciones de los lectores... El cuarto artículo, realizado por Marie-Linda Ortega (catedrática de Literatura Española de la Universidad de Marne-La-Vallée), se dedica al diálogo entre textos e imágenes y la importancia que las ilustraciones tuvieron en la creación de sentido a partir de varios ejemplos de la España del siglo XIX. A continuación, Nelson Schapochnik (profesor de la Facultad de Educación de la Universidad de São Paulo) plantea la cuestión de los espacios de lectura y, en concreto, los proyectos y metáforas de la Biblioteca Nacional en Río de Janeiro, representando uno de los recientes campos de interés de la historiografía brasileña, atenta a la circulación de los impresos y a los gestos, hábitos y modos de leer en su contexto histórico. Por su parte, Carmen Elisa Acosta (profesora Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia) se ha preocupado por los actos de lectura como una práctica en la que participaban los intereses de una colectividad, en este caso para la sociedad bogotana de mediados del siglo XIX. Si bien una historia de la lectura puede diferenciar las prácticas, comprender las comunidades lectoras y explorar las expresiones individuales de interpretación, es posible también pensar en un espacio previo, quizá indeterminado, en el que la exposición a una serie de posibilidades de lectura se consolida en el horizonte del lector. Por ello propone pensar las publicaciones periódicas neogranadinas como bibliotecas ideales, lo cual permite aproximarse a ese momento anterior a la selección de un texto, en donde se está expuesto a la apertura de nuevos horizontes de expectativa, y referido al siglo XIX, en una selección fuertemente restringida.

Y, para terminar, dos artículos que tienen en común el análisis de las prácticas de lectura. Uno, referido a las comunidades rurales de Baden entre 1871 y 1914, realizado por Gloria Sanz Lafuente (profesora de la Facultad de Económicas de la Universidad de Zaragoza), donde desarrolla las prácticas lectoras en relación con las dimensiones de la politización en la época del Imperio. El otro, cuya autora es Ana Martínez Rus (profesora de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense), se detiene en el proceso de socialización de la lectura durante la Segunda República española, atendiendo a la lectura pública proyectada desde las bibliotecas públicas, las Misiones Pedagógicas y las Ferias del Libro.

Todos ellos se orientan, con distintas perspectivas en un diálogo interdisciplinar, a una historia social y cultural de la lectura que estudia libros, lectores y lecturas con sus espacios, usos, discursos y significaciones. Una historia de la lectura como práctica cultural socialmente considerada, en la que los textos adquirirían sentido a través de las formas materiales en las que se articulan y de las formas culturales en las que serían entendidos por el lector en su tiempo histórico. El estudio del lector como centro de atención historiográfica descansa en los motivos de la lectura, en sus inquietudes y en las condiciones sociales por las que se manifiesta, pero sobre todo en las tendencias y evolución de las prácticas y usos de lectura, que tienen su apoyatura metodológica en el tiempo histórico y en las condiciones sociales que hicieron posible los cambios de las formas de leer.